

LOS CAMINOS MARIANISTAS DE ORACIÓN

Una lectura actual

Tomado de “Encarnar la palabra” pags 244-257

I. MÉTODO DE ORACIÓN SOBRE EL CREDO

II. ORACIÓN DE FE Y PRESENCIA DE DIOS (“ORACIÓN DE SENCILLEZ”)

III. MÉTODO COMÚN DE MEDITACIÓN

La espiritualidad marianista nos ha transmitido desde sus orígenes una preocupación tanto por la fe como por la oración (G.J. Chaminade. “Escritos sobre la fe y sobre la oración”). La insistencia de los Fundadores al fundir oración y fe, les lleva a promover una serie de métodos de oración que la tradición marianista nos ofrece también para hoy: "Método de oración sobre el credo", "Método de oración de fe y presencia de Dios", y "Método común de meditación".

De una manera u otra, mi oración es un ejercicio de mi fe, es decir, de mi comunión con Jesús y con su Palabra. Desde él quiero entender mi vida. «Para un cristiano, todo puede y debería convertirse en oración» (Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 277).

Ofrecemos aquí una guía para orar con los tres métodos tradicionales marianistas. Se trata de una adaptación realizada expresamente para “Encarnar la palabra”, teniendo en cuenta los textos originales (cf. *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 270-333).

I. MÉTODO DE ORACIÓN SOBRE EL CREDO

El texto original, "Método de oración sobre el Símbolo", constituye una cima del pensamiento de Guillermo José Chaminade sobre la vida de oración, y se dirige fundamentalmente a los que se inician en ella. En todos los proyectos y ensayos anteriores sobre la oración se destacaba de forma sobresaliente el papel de la fe. Esta consideración llega ahora a mayor claridad y precisión. El Fundador alude a este método de oración en una carta de 1840.

1. Entrada en la oración

In omnibus respice finem. En todas las cosas ten presente el fin.

Comienza tu oración tomando conciencia del sentido profundo de tu vida: "Conocer, amar y servir". Estas tres palabras te ayudan a ponerte en presencia del Señor y a entenderte en este momento y circunstancia de tu vida, en este rato de oración de fe que vas a vivir.

«Nuestro fin, nuestro único fin, es conocerle, amarle y glorificarle. Toda nuestra felicidad consiste en esto». Tu corazón está creado para amar. Y la fe es el don que él te regala para que aprendas a conocer, amar y servir. Comienza pidiendo un corazón creyente, la fe del corazón, para poder «no amar más que a Dios, no buscar más que a él solo, y no tender más que hacia él con todas nuestras fuerzas». Pide el don de la

fe para ti y para el mundo entero: para que, creyendo, tenga vida (Jn 17,17-20). Pide el Espíritu Santo, y un corazón nuevo que sepa alegrarse en que toda la felicidad está en conocer, amar y servir al Padre a través de Jesucristo; y sintiendo muy cerca de ti a María, la madre de los creyentes.

2. Orando con el símbolo de nuestra fe

Toma uno de los dos símbolos de la fe eclesial: el de los apóstoles o bien el largo de Nicea-Constantinopla. Estás ante una síntesis de fe que ha sido fruto de la vivencia de los primeros tiempos. Son los cimientos. No ha sido fácil formular esa fe, ni vivirla. Muchos fueron perseguidos por defender eso que ahora vas a rezar. Este credo ha tenido sus mártires y los sigue teniendo. No es una fórmula, es la afirmación común de la fe, de la esperanza, del amor que nos sostiene.

Lee primeramente el credo entero, despacio. Haz silencio, pide al Espíritu luz para profundizar en el misterio de Dios y en la historia salvífica. A continuación, detente en cada artículo de la fe. Medita y contempla. Lo que viene a continuación es una guía de oración, a título de ejemplo. Lo importante es lo que el Espíritu suscita en ti, personalmente, al detenerte en cada artículo de la fe.

Creo en Dios, padre y creador

Has sido creado a su imagen. Eres vida como él, libertad para el bien como él, fruto de su amor. Existes como la criatura-icón de su verdad. Eres su criatura y a la vez su hijo o hija. Tienes, además, el encargo de cuidar de las criaturas: «labrar y cuidar la Tierra» (Gn 2,15).

Hago memoria de todo lo que he recibido de él. Soy un puro don suyo. Abro mis ojos para mirar la creación y el mundo. En todo habita Dios. Dios está incluso trabajando por su creación. Todo lo bueno, todo cuanto hay de noble, justo y amable en el mundo viene de él. De mi interior brota espontánea la oración ignaciana de ofrecimiento: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; tú me lo diste, a ti, Señor, te lo devuelvo. Todo es tuyo. Dispón de mí para lo que quieras. Dame tu amor y tu gracia, que eso me basta».

Creo en Jesucristo, hijo de Dios, hecho hijo de María para la salvación de la humanidad

Enviado, mediador, camino. El creador y padre nos comunicó su Palabra de forma asombrosa y humilde: se hizo carne. Como la nuestra. Dios se hizo humanidad.

Ve a Nazaret y contempla a María en el día de la Anunciación: la palabra de María, "hágase", dio paso a que la Palabra se hiciera carne. Ve a Belén con José y María. Contempla al niño. María te lo da. Tómallo.

Treinta años viviendo en lo escondido de la vida cotidiana. Dios creció entre nosotros, y no lo sabíamos. «Con vosotros está y no lo conocéis» (Jn 1,26). Creo, Señor, que estás aquí en lo cotidiano, en la sencillez de la vida, como entonces.

Creo en la Palabra que pronunciaste durante tres años, en parábolas y en discursos, al formar a tus discípulos o en la intimidad de mesa y sala de estar con tus amigos. Creo en tu amor a todos, sobre todo, a los pobres y a los pecadores. Creo en tu perdón continuo, firme, sin condiciones.

Creo que no hay hecho más asombroso e inexplicable que tu entrega y tu cruz. Creo que en tu cruz está la vida, que nunca entenderé por qué el Dios Amor ha llegado por nosotros hasta este punto («los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). Pero sé íntimamente, todos sabemos y creemos, que eso es lo único que basta. Solo tu cruz basta. Creo que de ahí brotó vida en plenitud, resurrección. Tú vives con el Padre, y eres amor infinito que nos espera y que, a la vez, vendrá.

Creo en el Espíritu Santo, amor y dador de vida

Amor del Padre y del Hijo, enviado a nosotros en Pentecostés, y a partir de ahí a todo el mundo, llenando el universo, infundiéndose «en todas las edades, entrando en los santos, hace de ellos amigos de Dios y profetas» (Sab 7,27).

Creo en ese amor que era quien movía a Jesús. Él estaba ungido (cristo) por ese Espíritu de amor total. Jesús nos lo prometió y nos los envió. Y ahora creo que el defensor sigue animando y consolando en las luchas de los testigos de Dios. Él sigue dando luz y fuego a los nuevos profetas de la reconciliación, la justicia y la paz; abriendo caminos nuevos en la Iglesia; regalando carismas para que sean puestos al servicio de la comunidad y de la humanidad.

Creo en la Iglesia, que vive en la comunión, en el perdón y en la esperanza de una vida en plenitud

Llamados para vivir en el amor y para el amor («Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 13,34). Formamos una comunión que es, a la vez, un regalo, un don y una tarea. Creo en la Iglesia que somos y que queremos ser en plenitud.

Creo que la Iglesia trasciende el tiempo y el espacio. Creo en la comunión de los santos de toda nuestra historia. Creo en una Iglesia que es comunión, y que se abre al mundo, y ora y trabaja con todos los creyentes de cualquier religión, y que busca la unidad con los hermanos de las otras confesiones cristianas.

Creo que el perdón que Jesús nos trajo y nos regaló en nombre del Padre es, desde entonces, una realidad y un camino. Sólo el perdón creará un mundo nuevo, sólo la reconciliación basada en la justicia y la misericordia hará posible que Dios reine hoy y siempre. Yo creo en la fuerza de ese perdón para mí y para todos.

Creo que hemos resucitado con Jesús, y que tenemos la vida si creemos y le seguimos de corazón. Y que esa vida en plenitud nos mueve a la alegría, a la paz y a la misión de extender este Evangelio, que es nuestra fuerza y nuestro tesoro.

Amén, amén, amén.

II. ORACIÓN DE FE Y PRESENCIA DE DIOS **(“ORACIÓN DE SENCILLEZ”)**

El documento original parece ser de 1829, y se compone de doce "notas" que escribió el Fundador, como maestro de oración, con la intención de ayudar y orientar a sus discípulos en la vida de oración.

1. Abre la puerta por el silencio

Dice Jesús que cuando vayamos a orar, entremos en nuestra habitación y cerremos la puerta para hallarle en el secreto (Mt 6,6). Hacer silencio es la primera condición para poder escucharle. Un silencio que debe ser completo, que abarque todo nuestro ser porque todo el ser debe abrirse a su palabra. Así posibilitamos «oír a Dios dentro de uno mismo. *Escucharé lo que el señor habla en mi interior* (Sal 85,8). El silencio es completo sólo cuando al silencio de las palabras se le une el de los signos, el de la memoria, el de la imaginación, el de la mente y, sobre todo, el de las pasiones» (*El Espíritu que nos dio el ser*, p. 283, n. 381).

Pide al Señor que aquiete tu corazón, que lo centre en lo único necesario. Un silencio que puede darse incluso en medio de tus ocupaciones, de tu trabajo, porque lo profundo de ti está en esa apertura a él, en la paz contigo y con los demás.

2. La fe busca la presencia

El silencio sólo es una puerta. Tras ella viene el encuentro, y eso es lo que buscamos en la oración. «Cuando la fe ha crecido considerablemente, uno desea mantenerse en la presencia de Dios» (*El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 281, 377a).

La presencia es a la vez una obra de Dios y de mi actuación:

1. Dios siempre está presente, pero busca el encuentro

Toma conciencia de esta realidad. Hay momentos en los que la presencia de Dios se hace evidente, de forma más suave o más fuerte. Habitualmente dura poco tiempo, pero te queda una certeza clara de que es él. Utiliza casi siempre la forma de la "consolación", de la alegría profunda, porque ese es primordialmente su lenguaje. Muchas veces Dios utiliza como medio para este encuentro una causa concreta: la meditación de la Escritura, la palabra o el ejemplo de una persona, un acontecimiento, etc. Otras veces puede hacerse presente "sin que tú sepas por qué", en momentos inesperados.

Estas formas de presencia de él deben ser para ti el apoyo y la memoria para poder entrar tú en la presencia de él.

2. Yo quiero abrirme a su presencia

Puede hacerse desde la Palabra o desde la vida, inmerso en la realidad cotidiana. Hecho el silencio, tomo conciencia de que Dios nos envuelve con su presencia; me envuelve a mí, nos envuelve a todos; a toda la creación y a toda historia; aquí y en todas partes, y ahora y siempre. Mi oración no busca pensar ni considerar. Sólo mirar, estar atento desde el corazón. Es la oración sencilla de la fe: «Una atención apacible a la presencia de Dios, lo cual hace que el alma le considere a la luz de la fe con toda la atención del corazón, y no quiera más que a él; le mira sin cesar y no se cansa de mirarle» (G.J. Chaminade. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 279, n. 373).

Un ejercicio de iniciación consiste en ponernos en la presencia de Dios en un momento concreto; habituarnos a realizar este "calado" en lo profundo, aunque sea cuestión de un minuto, en medio de nuestro trabajo y ajetreo diario.

Pero a lo que todo esto se encamina es a la "conciencia de presencia permanente", que es a la vez un don y el resultado de la maduración de nuestra vida de fe: «*Anda en mi presencia y sé perfecto*», decía Dios a Abrahán (Gn 17,1).

III. MÉTODO COMÚN DE MEDITACIÓN

En los primeros años de la fundación de las dos congregaciones religiosas marianistas, el interés de Guillermo José Chaminade, como maestro espiritual, se centra en ayudar a los que dedican un buen tiempo diario a la oración. Juan Bautista Lalanne, uno de los primeros discípulos del Fundador, escribió en 1817 una pequeña guía para orar. Chaminade, por su parte, compuso también un breve ensayo, "El otro método" (1818). Ambos textos terminaron confluyendo, para dar lugar, hacia 1820, al "Método común de meditación". Siguiendo sus pautas han orado los y las marianistas durante muchos años, por lo que todos le reconocemos un papel importante en la historia de nuestra pedagogía orante.

1. "Entra en tu cuarto y cierra la puerta" (Preparación)

1. Cuida el clima del día

Entra por el camino de "los cinco silencios", para disponerte a la escucha y a la interioridad ("espíritu de María" y "espíritu de fe" son sinónimos, para el Fundador, de "espíritu de oración"). Hazte consciente de la presencia de Dios a lo largo de la jornada. Vive el aquí y el ahora. Asume la realidad de todo como sacramento del espíritu. Si puede ser, reserva un tiempo de lectura espiritual.

2. Dedica un pequeño momento a preparar tu rato de oración

Elige el texto bíblico o el asunto de tu oración.

3. Entra en la oración haciendo silencio

Ábrete al Espíritu Santo y pídele que venga en tu ayuda como luz para la fe y fuerza para el amor. Toma conciencia del destinatario de tu oración: el Padre. Eres su criatura, su imagen. Eres de él y para él. Recuerda cuál es el camino para llegar: Jesucristo. Todo lo haces a través de Jesús, por Jesús. Eres hijo en el Hijo. Tu oración de hoy descansa y se alimenta de esta relación de amor con la Trinidad. Haz un sitio a María, junto a ti. Siente su cercanía de madre, modelo de creyentes e intercesora.

2. "Ora a tu Padre, que está en lo escondido" (Cuerpo de la oración)

1. Ábrete a la verdad de Dios y del Reino ("Consideraciones")

Dedica el primero momento a una reflexión sencilla sobre el texto o el tema elegido. Pide luz para comprender la verdad del misterio revelado. Pide poder orar con el "espíritu de María" o "espíritu interior". Este momento de consideraciones es "poner a Jesús ante los ojos": lo más importante de las verdades de fe está condensado en la persona de Jesús. De ahí que debamos comenzar escuchando sus palabras, que están en el Evangelio, o en lo que el Espíritu suscita hoy en el corazón de los creyentes, y en los signos del tiempo presente. Miramos su persona revelada en la Escritura, y presente misteriosamente en el sacramento de la eucaristía o en el sacramento del cuerpo místico: el hermano, sobre todo el que sufre, el débil, el pobre. Y aunque en esta consideración no llegues del todo a entender, no te inquietes, permanece a la escucha. *«Esto no entiendo como es, y no entenderlo me hace gran regalo [...]. Cuando el Señor quiere darlo a entender, su Majestad lo hace sin trabajo nuestro»* (Santa Teresa de Jesús, *Meditaciones sobre los Cantares*, 1,1).

2. Deja que él te ame y habla tú al amor ("Afectos")

En un segundo momento, deja que la verdad de lo considerado se haga motivo de amor. Agradece, alaba, pide, intercede. El "espíritu de fe", que es verdaderamente el "espíritu de María", te ha hecho considerar todo desde Dios, desde la perspectiva del Evangelio. Por eso las "consideraciones" de nuestro método de oración no son sino "miradas de fe". Pero ahora esa mirada se convierte en ejercicio de amor: creemos con la "fe del corazón", que nos hace amar lo que se cree y a aquél en quien se cree. Este momento de la meditación es "poner a Jesús en el corazón". Ya no es un texto o una verdad lo que te hace orar. Ahora el Espíritu te lleva al encuentro con la persona de Cristo, que te conduce al Padre.

En este encuentro se escucha, uno se deja amar, se aprende a sentir y gustar todo internamente, como María, que guardaba todo en su corazón (Lc 2,19.51). Se contempla en silencio, dando su tiempo al Señor. Pero también es el momento en que la fe se hace expresión de amor hacia el Señor. Y el amor tiene unos lenguajes que sólo los sabe y los practica el que ama. La Escritura y la vida son para nosotros las grandes escuelas para aprender este idioma de los afectos de la fe.

3. Descubre y practica lo que Dios te ha dicho ("Resoluciones")

Consideración y afecto, verdad y amor, nos llevan de la mano, en este tercer momento, a recoger la palabra que él te ha dirigido en vistas a la vida. Quizá ha habido una luz, una sugerencia del Maestro interior para aplicar la oración a tus relaciones, tu trabajo, etc. Orar es, al mismo tiempo, poder preguntar «Señor, ¿qué quieres que yo haga?», y disponerme a «hacer lo que Jesús nos diga» (Jn 2,5). La oración es así el momento de una escucha fundamental: la de saber lo que Dios quiere, la elección que Dios hace, la decisión que Dios tiene para mí. No hay oración verdadera si no desemboca en la obediencia, porque el amor es, al final, consentimiento.

Mi meditación termina entonces en un querer identificarme con Jesús, viviendo como él vivió, queriendo lo que él quiso, abriéndome a su Palabra, encarnándola en la vida. Es "poner a Jesús en las manos", sabiendo que no soy yo quien toma unas "resoluciones", sino él, que me ha elegido y me llama cada día. Hazte consciente de hacia dónde te ha dirigido Dios a través de esta oración. No pretendas encontrar artificialmente una indicación suya para tu vida, ni tampoco quieras concretar, sin más, una resolución voluntarista. Quizá te tengas que contentar con un pequeño compromiso en relación a tu vida de fe, de relaciones o de misión. En todo caso, es la oración la que te habrá iluminado, para conocer y asumir lo que Dios quiere de ti.

El momento final de la meditación de fe es, como dice José Simler, una oración de conformidad con la voluntad de Dios (cf. *Guía de la oración mental* nn. 268-278).

3. "Y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará" (Despedida)

Concluye tu oración dando gracias por este momento de encuentro con él. Pide perdón si ha habido resistencia a acoger la Palabra. Pon en las manos de María todo lo bueno que ha sucedido, porque «María sostiene las gracias para que no se malgasten» (San Buenaventura).

Elige un pensamiento o una luz que haya quedado de esta oración, para que te acompañe durante el día, o en el momento de acostarte.

Examen de la oración. Revisa este rato de oración. Anota en tu cuaderno de oración lo más interesante: luces, resistencias, llamadas interiores. Todo ello puede ser interesante para volver más tarde, sea en la oración o en el propio discernimiento de lo que Dios está diciendo.